



**Cleto Cruz Calle, 82 años.**  
**María García Luengo, 18 años.**

## Tiempos difíciles

La vida de Cleto Cruz Calle y su esposa Modesta ha estado marcada por una lucha constante por la supervivencia. Han sido esclavos del trabajo incesante en el campo, y vivido en primera persona la Guerra Civil española y la posguerra. Su testimonio nos acerca a una de las etapas más cruentas y duras de nuestra historia.

El sol penetra tímidamente por las ventanas en la habitación 324 de la residencia Adavir Villaverde. Cleto y Modesta aguardan en silencio, expectantes, a las presentaciones. "Hace un buen día" comenta él, para romper el hielo. Su cabello cano y su voz queda, casi ahogada en un susurro, son testigos de los años que ha dejado atrás; sin embargo, su mirada radiante aún parece conservar la jovialidad y la juventud de antaño.

Les pregunto acerca de su pasado: su juventud, la dureza de la vida en el campo, la época del hambre, y la crueldad de una España de guerra y posguerra en la que el mero hecho de sobrevivir ya era el mayor de los triunfos. Ellos asienten, meditando, intentando ordenar los recuerdos que se agolpan en su memoria. Es él quien toma la palabra. Comienza a hablar, dejando que me sumerja, a través de su discurso, en un fugaz viaje en el tiempo, retrocediendo juntos hasta la primera mitad del siglo XX.

Cleto y Modesta pertenecen a dos pequeños pueblos, Mazarinos y Los Loros, anejos a El Barco de Ávila. Allí pasaron los primeros años de su vida, y es quizás la época que evocan con más cariño y nostalgia.

Cuando hablamos del trabajo en el campo, inmediatamente les sobrevienen vocablos como trabajo interminable, sacrificio, o esfuerzo sobrehumano. Han pasado muchos años desde aquello, pero el matrimonio no olvida las labores a las que ambos dedicaron toda su infancia, ya que entonces los niños compaginaban el trabajo en el campo con la escuela, a la cual asistían hasta que cumplían los catorce años. Hoy en día, cuando los niños se han convertido en los reyes de la casa, nos parece impensable que aquello ocurriera hace tan sólo unos años. Modesta me explica que, para ir a la escuela, tenía que caminar más de dos kilómetros hasta el pueblo más cercano; después, cuando llegaba a casa, ayudaba a su madre con las labores del hogar, y aún tenía tiempo de ir al campo a desempeñar pequeños trabajos hasta que caía la noche. "En una ocasión mi madre nos mandó a mi hermana y a mí con el caballo a recoger unos sacos de patatas al huerto. Éramos tan pequeñas que no alcanzábamos a colocarlos sobre su lomo, así que pasamos la tarde cavando un hoyo para meter dentro al caballo, pero cuando acabamos nos dimos cuenta de que el animal no cabía allí dentro. Nos pilló allí la noche, hasta que llegó un vecino que nos ayudó. Tendría apenas seis o siete años", recuerda con una sonrisa en los labios. Tampoco tenían juguetes, ya que no había dinero, ni tiempo para jugar. Los niños se veían obligados a madurar muy deprisa.

La situación no era, ni mucho menos, mejor para los adultos. Se trabajaba a mano y durante todo el día, sin descanso. "Tampoco por la noche se dormía; la escasez de agua obligaba a regar los huertos según un orden riguroso, y había una persona (el veedor) que te avisaba cuando te llegaba el turno, aunque fuera de madrugada. Si poseías varios huertos, y estos no estaban próximos, tenías que levantarte varias veces



por la noche.”, explica Cleto. Aparte de colaborar en el campo, las mujeres también se encargaban del cuidado de los animales, la elaboración del pan, o la fabricación de la ropa (se compraba la tela, y las mujeres confeccionaban todas las vestimentas, incluso la ropa interior)

Resulta inevitable, desde el punto de vista de la sociedad actual, relacionar trabajo con dinero, y parece lógico pensar que aquellos improbables esfuerzos se verían recompensados con creces. Les pregunto a propósito de ello, pero ambos niegan, cabizbajos. Fue un periodo de escasez y privación. La mayoría de las familias poseían parcelas pequeñas, y la cosecha, que era sólo una al año debido a las frecuentes heladas, a duras penas bastaba para abastecerse a sí mismos. También la recolección de los huertos era básicamente para consumo propio. Si algún año la cosecha era buena, los excedentes se intercambiaban por otros productos, pero nunca se obtenía dinero a cambio. “Una muestra de la miseria de aquella época es lo que ocurría con los zapatos. Había que apurar los zapatos hasta que se rompían; y cuando necesitabas comprar otros irremediablemente, tardaban un año en cobrártelos. Normalmente había que vender un animal para poder pagarlos; en ocasiones había que pedir dinero a los prestamistas, que cobraban un 10% de intereses, y seguías aún más endeudado. No había forma de levantar cabeza.”, añade Cleto.

Aunque durante algunos años se pudo sobrevivir en el campo a base de sacrificio y resignación, llegó un momento en que la producción resultaba insuficiente aun para alimentar a la propia familia. En el pueblo no se podían desempeñar trabajos de otra índole, y cada vez más faltaba empleo para los jóvenes, de modo que estos se vieron obligados a emigrar.

Modesta tenía tan sólo catorce años cuando se marchó de su pueblo; en su casa ya no había recursos suficientes para alimentarla a ella y sus hermanos pequeños. Tras tres años trabajando en las fábricas de Béjar, en Salamanca, llegó a Madrid con diecisiete; era aún menor y estaba totalmente sola en una gran ciudad desconocida. Recuerda que había muchas más chicas en la capital que se encontraban en la misma situación que ella, solas y desorientadas. Fue muy importante su apoyo, gracias a ellas encontró el que sería durante muchos años su empleo, de asistenta en la casa de unos norteamericanos que trabajaban para la Embajada. “Pagaban bien, pero no podía tener seguro de ningún tipo porque servir en las casas no estaba reconocido como un trabajo”, comenta ella. Allí le sorprendió la Guerra Civil; los americanos, por orden de la Embajada, abandonaron España, pero ella permaneció al cuidado de la casa. Tuvo suerte relativamente, ya que se colocaron carteles distintivos que indicaban que aquella casa pertenecía a la Embajada norteamericana, lo que la salvaguardaba de los frecuentes saqueos. No obstante, aun estando bajo aquella protección, seguía siendo vulnerable a los constantes bombardeos, que tuvo que resistir en la más absoluta soledad. Durante aquellos años apenas pudo ver a Cleto, su ya entonces novio, que aún vivía en el pueblo.

Cleto también recuerda los años de la guerra con especial dureza. Si bien el pueblo no se vio directamente afectado por la contienda, él fue reclutado para luchar junto a las tropas nacionales durante los seis últimos meses. Finalizada la guerra, tuvo que hacer el servicio militar durante cinco largos años. El hambre les sacudió a ellos, los vencedores, con la misma fuerza que al resto del país; en ocasiones atravesaban pueblos que habían sido totalmente arrasados en la guerra, y se veían obligados a asaltar trenes de mercancías para subsistir. La posguerra la recuerda aún más terrible que la propia guerra, si cabe. Fue la época de las requisas, de la cartilla y el



racionamiento. Imperaban la picaresca y el estraperlo. “Hasta el tabaco estaba racionado. Yo, que no fumaba, compraba el tabaco, lo deshacía, y lo volvía a liar a mano. Conseguía que dos cigarros se convirtieran en cuatro; luego los vendía, y sacaba el doble. Sólo con picardía se podía sobrevivir”, explica él.

La pareja tuvo que esperar hasta 1954, cuando la situación ya comenzó a normalizarse, para poder casarse. Su vida en común en Madrid tampoco fue fácil. Para poder vivir él tenía que hacer compatibles dos trabajos, de ocho a tres en unos almacenes de ultramarinos, y de cinco a ocho de ordenanza en el Ministerio; también ella tuvo que mantener su antiguo empleo de asistenta. Aún así, sólo disponían del dinero suficiente para pagar una humilde casa que compartían en Tetuán con otras tres familias, hacinadas cada una en una habitación de nueve metros cuadrados, y que ni siquiera disponía de agua corriente. “Cuando íbamos al pueblo y nos veían con la camisa limpia pensaban que en Madrid vivíamos muy bien. No comprendían que la vida aquí era igualmente difícil. Es cierto que a partir de aquel momento nuestra situación comenzó a mejorar y hoy llevamos una vida cómoda y tranquila; nada queda ya de aquel sufrimiento, claro está, pero aún así nunca olvidaremos que hemos recorrido un largo y duro camino para llegar hasta aquí.”, concluye Modesta. Se ha acabado la hora de la visita. Con dificultad se levantan, me tienden su temblorosa mano con afecto, y nos despedimos, esperando que sea hasta pronto.

El testimonio de Cleto y Modesta podría ser el de tantas otras personas de aquella generación que se convirtió en testigo y protagonista de los grandes acontecimientos del siglo XX, aquella generación que derramó sudor y sangre hasta conseguir que España se convirtiera en lo que es hoy. Es un testimonio que nunca debería caer en el olvido, ya que forma parte de nuestra historia, de lo que hoy tenemos y de lo que somos. Y sé que cuando hoy llegue a casa, y tenga el privilegio de saciar el hambre con una abundante cena y tenderme en un confortable sillón, recordaré a Cleto y Modesta con un sentimiento de profunda gratitud.

## Lo importante de la vida

Son ya muchos los años grabados en su mirada cansada, mas la elocuencia que desprenden sus palabras ratifica que no es en las Facultades, sino en la escuela de la vida, donde se gestan los grandes sabios.

A menudo les invade la nostalgia. Se recrean, abstraídos, rememorando el pasado, y sus ojos, alimentados de recuerdos, recuperan el brillo de antaño. Quizás sea ahora, cuando pueden contemplar la vida desde el púlpito de la experiencia, cuando al fin han comprendido qué es lo que verdaderamente merece la pena. Dicen haberse dado cuenta de que el sentido de la vida reside en aquellas cosas que, a priori, tendemos a considerar insignificantes. El sol de atardecer en el campo, o el olor de las flores que crecían junto a los caminos en su pueblo, son algunas de las cosas que hoy más añoran.

Modesta y Cleto, desde el conocimiento que el paso de los años les ha dado, lamentan que la sociedad, y los valores que en ella imperan, hayan cambiado tanto. Hoy en día, dicen, vivimos esclavizados por cosas tan banales como el tiempo, el dinero, o los ideales de éxito y poder; lo sentimental ha sido relegado por lo material, ha sido desterrado al olvido.



El matrimonio, cuya existencia ha estado marcada por la dureza de una época caracterizada por el sometimiento al trabajo perpetuo, la escasez y el hambre, no alcanza a comprender cómo actualmente, a pesar de vivir con tantas comodidades, la gente es tan infeliz.

- Antes – explica ella – a pesar de lo dura que era la vida, vivíamos alegres, éramos felices. Ahora la gente es exigente, si le falta algo parece que le falta todo; antes llevábamos la vida con más conformidad, aceptábamos las dificultades e intentábamos ser positivos. Recuerdo que, después de haber estado trabajando en el campo de sol a sol, regresábamos a casa cantando, y aún había tiempo para detenerse a mitad de camino a contemplar las flores. De la propia dureza de la vida salía esa alegría, esas ganas de vivir que teníamos, y es que hacía que se apreciara todo mucho más.

- Ahora la gente está más sola – añade él – Antes, ante cualquier desgracia, el pueblo estaba siempre unido. Ahora la gente es demasiado independiente, no conocemos ni a nuestros vecinos, convivimos durante años pero no nos molestamos en saber nada de ellos. Parece que ahora nadie necesita nada de nadie, y no comprenden lo que en realidad necesitamos unos de otros. Tampoco en las familias hay comunicación; se culpa a veces a la televisión, pero recuerdo que cuando llegó la primera radio al pueblo, nos reuníamos todos los vecinos para escucharla juntos. Antes todo se compartía. Las relaciones humanas han cambiado completamente.

Cleto y Modesta son conscientes de que todo se ve con mayor nitidez conforme avanza la edad; no obstante, desearían que las generaciones actuales pudieran aprender a apreciar y valorar todo lo que tienen, y a disfrutar de la vida, antes de que sea demasiado tarde.